

COMENTARIO BÍBLICO DE LA LITURGIA DE LA PALABRA

SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Al celebrar el misterio de la Santísima Trinidad, celebramos un misterio impenetrable en sí mismo, pero este misterio se nos ha querido revelar en Jesucristo. Podemos preguntarnos por qué; debe implicar algo esencial en nuestras vidas...

El Evangelio nos muestra el momento del mandato del Señor de bautizar bajo el signo de la Trinidad; la Trinidad se convierte así en sello, en ejemplo a seguir, en la forma, podríamos decir, de nuestra vida; ya no es el misterio impenetrable, es el sello del amor ilimitado del Padre que ama tanto que entrega a su Hijo y nos da su Espíritu. Dios nos ha dado a conocer no sólo su existencia sino que, también, nos da una idea de su esencia más íntima: el hombre, ahora, es capaz de conocer a Dios, es a ese Dios al que la Iglesia debe anunciar.

Por esto, la segunda lectura nos enseña cómo la Iglesia transmite a todos los hombres no sólo una visión de la interioridad de Dios, sino que también anuncia que estamos llamados a entrar en esta vida íntima. Por el Espíritu somos en Jesucristo "hijos de Dios". Así, el anhelo más exigente de nuestro corazón, queda superado por el amor infinito siempre nuevo.

La primera lectura nos manifiesta cómo ya el hombre del Antiguo Testamento queda deslumbrado por el amor de Dios y se pregunta si hay algo que se le pueda comparar; en el fondo nos invita a experimentar ese amor. Esta experiencia alcanzará su pleno sentido en Jesucristo, que desvela la gloria del amor del Padre que envía a su Hijo. Nosotros, bautizados, reflejamos esta gloria con nuestro testimonio y nuestra misión.

Nuestra misión como cristianos consistirá entonces, según el Evangelio, en enseñar y predicar esta dimensión trinitaria, sostenidos por el Espíritu; en bautizar, para que a través del Espíritu, muchos puedan clamar a Dios, como "Abbá"; en testimoniar los frutos del Espíritu: amor, gozo, paz, paciencia, bondad...; con la serena certeza de que Dios no está ausente, la confiada seguridad en la cercanía del Cristo resucitado y del Espíritu que consuela.

P. Gerardo Diéguez
Tucumán